

PRÓLOGO

— Xavier M. Triadó Ivern

[Director del IDP/ICE, UB]

La profesión docente en la universidad

El libro *Manual de docencia universitaria* es una ayuda para la formación continua y está pensado para los docentes de las universidades. Permite compartir ideas y experiencias de autores, docentes que aman su profesión. No me corresponde ahora entrar en el contenido de cada una de las partes de este manual, pero sí remarcar que es completo, interesante y enriquecedor para quienes nos dedicamos a la universidad como personal docente e investigador (PDI).

La docencia requiere una combinación de competencias, retos y conocimientos. Sobre todo, requiere curiosidad y motivación, para ser cada día más competente para llegar a ser competitivo, tomando la frase de Alejandro Llano, un filósofo contemporáneo. Formarse –les decimos a los alumnos– es tomar la decisión de invertir tiempo restando esas horas a otras actividades también necesarias, interesantes y con recompensas a corto plazo. Es lo mismo que nos hemos de aplicar nosotros para mantener en forma nuestra profesión.

Este libro tiene un marco en el tiempo: la celebración del 50 aniversario de la creación del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Barcelona, en 1969. Hace poco más de un año hemos actualizado su denominación, no para romper con su historia, sino con la intención de ampliar el horizonte formativo. El Instituto de Desarrollo Profesional (IDP/ICE, UB) describe con mayor precisión la finalidad que queremos aportar a la universidad en la actualidad. A Albert Einstein se le atribuye la frase: «Procura no ser una persona de éxito, procura ser una persona de valor». La recojo aquí porque en el IDP/ICE buscamos la manera de añadir valor a las actividades

docentes de todas las personas que se acercan a nosotros. Creo que tenemos esta posibilidad porque, desde su inicio, este instituto está integrado por personas generosas, ilusionadas, apasionadas –mejor dicho– por mejorar uno de los elementos más importantes en toda sociedad: la educación y el aprendizaje. Este manual es un ejemplo y esperamos contribuir al menos un poco.

Nunca acabamos de aprender, aunque se van consolidando etapas con los años de experiencia y se hace más fácil cumplir los mínimos en las clases. Los alumnos cambian, los conocimientos avanzan, y siempre se hace necesario estar al día. Un buen docente, al igual que cualquier profesional que quiera destacar, no puede dejar su formación continua. Este manual tiene capítulos muy interesantes que hablan de metodologías docentes, de neuroeducación y gestión emocional, del plan docente, de la importancia de la evaluación en el proceso de aprendizaje, de nuevos entornos para aprender... Invito a leer estos capítulos y a aprender con esos maestros. ¡Vale la pena!

Quiero agradecer la participación de todos los autores, y especialmente al Dr. Max Turull como coordinador y alma del proyecto. Cada uno de los capítulos podría ser una unidad en sí misma, pues abre un panorama en el que el lector podrá adentrarse gracias a las recomendaciones al final de cada artículo, y en un último capítulo sugerentemente titulado «Para saber más».

Favorecer el ambiente universitario

Llegar a ser una buena profesora, un buen profesor, es algo que se aprende con esfuerzo, estudio, dedicación y pasión. Algo muy parecido a lo que les pasa a los mejores profesionales en cualquier oficio. Cada curso entramos en contacto con nuevos estudiantes y profesionales deseosos de seguir aprendiendo y progresando. Aunque parezca una profesión asequible a muchos, es una «profesión» –y remarco la palabra intencionadamente– que supone un gran reto.

Para destacar en docencia es requisito *sine qua non* tomarla con pasión. Peter Tachibi, que recibió el Global Teacher Prize en 2019,

remarca que «lo primero que les recomendaría a los profesores es que se crean que están haciendo un trabajo muy importante para la sociedad. Por eso tienen que apasionarse por lo que hacen y trabajar con mucho compromiso». La ganadora del mismo premio en el año anterior, Andria Zafirakou, del Reino Unido, afirmaba de manera semejante: «¿En qué otra profesión eres desinteresado y completamente dedicado a crear las oportunidades correctas para que otra persona lo logre? Estar en un aula y ver a un alumno tener una idea y transformarla en un resultado formidable es muy satisfactorio y llena». En todo buen docente hay un aspecto que resalta sobre otros: la motivación por transmitir conocimientos, por ayudar a progresar a otras personas. Una de las misiones del docente universitario, que destaco en este artículo, es crear un ambiente intelectual estimulante. No solo transmitir conocimientos, sino crear el contexto en el que arraiguen y generen visión crítica. Solo así seremos capaces de valorar la adecuación de los conocimientos, en función de las circunstancias en las que se apliquen y de la intencionalidad buscada.

Estoy convencido de que más de una vez hemos dicho, como profesores, que «la clase es sagrada». La respetamos y nos gusta que se respete, y, por tanto, nos gustaría que se prepare —al menos— un poco. Así es cuando sabemos descubrir el valor que tiene cada sesión. Entonces siempre vale la pena ir a clase preparado, listo para aprender, seas el alumno o el profesor. Es cierto, tiene algo de «sagrado» para todos. Pero no podemos olvidar que «ir a clase» tiene un coste de oportunidad. Se dejan de hacer otras cosas más apetecibles, o incluso más urgentes. El riesgo está en convertir una clase en algo rutinario, en una obligación, y no atraer la atención de nuestro alumnado. No es fácil, y por ello tiene una parte de arte. Una clase vale la pena, porque enriquece y nos enseña a entender mejor la realidad que nos rodea.

El enganche intelectual con una materia —el *engagement*, en inglés— es el primer paso para comenzar a aprender, entender y relacionar conocimientos de diversas materias. Ese enganche lo da el reto que asumimos como deseable, con esa facilidad y, a la vez, dificultad por alcanzarlo. Hace años, cuando mi agenda era de papel y apuntaba a lápiz los compromisos, leí en una de las «citas del día» que venían

impresas: «El profesor aparece cuando el alumno está preparado». Me pareció muy acertada. Desde entonces, antes de impartir una docencia intento preparar las mentes de las personas a las que me gustaría ayudar con esos conocimientos.

La pregunta final que se hace el alumno es única: ¿Vale la pena ir a clase? Cada asignatura tiene un valor, y por eso se programó dentro de un plan de estudios. Pero la pregunta sigue allí. ¿Tengo que ir a clase para aprender eso? En YouTube o otras plataformas se pueden encontrar *influencers* que explican de manera muy didáctica, comunicativa y amena los conceptos y técnicas que necesito aprender. Para quienes solo aplican técnicas o acumulan conocimientos, ya sean estudiantes o docentes, siempre hay una forma alternativa de adquirirlos. Incluso en el futuro podrán ser sustituidos por alguna inteligencia artificial.

Un docente que añada valor a la clase hace que el conocimiento tome otra dimensión. Puede hacer entendible lo confuso. Permite que se apliquen las técnicas en cada uno de los contextos, atendiendo a la oportunidad y considerando unas circunstancias u otras. Como formadores, podemos preguntarnos: ¿Cómo son mis clases? «Para ser un gran maestro, tienes que ser creativo, aceptar la tecnología, aprender y promover nuevas formas de enseñar. Hay que hablar menos y hacer más», dice Tachibi —a quien ya he citado anteriormente—. Cuando eso pasa en el aula vale la pena, y los alumnos se preparan para destacar en la profesión por la que han apostado y por la que han elegido nuestra universidad.

La implicación necesaria para descubrir la verdad oculta de que los conocimientos de una materia «engancha». Explicar —y estudiar— una asignatura supone horas de trabajo, tiempo para querer entender. Horas de estudio para incorporar los conocimientos, buscando el por qué, la interrelación de conocimientos. Entender el fondo de los problemas y querer encontrar una solución mejor a la actual. Quizá el planteamiento parece irreal y hasta romántico cuando pensamos en los alumnos que tengo. Mirando las aulas de las facultades de cualquier universidad, no podemos decir que todos los profesores tengan enganchados a sus estudiantes. Uno de los fenómenos que está adquiriendo una dimensión que habría que estudiar es el absentismo

en las aulas universitarias. Nos debería espolear a pensar y a actuar. Si no van a clase, es indicador de que algo está pasando, y hay algo que valoran más que participar en esa formación. Os invitamos a leer alguno de los trabajos que hemos realizado en este sentido, en el que analizamos y evaluamos algunas variables y reflexionarnos sobre posibles soluciones. Un planteamiento que me hago, y me ayuda, es creer en ellos, en su potencial. Cuando he confiado en un grupo y les he retado intelectualmente casi siempre han respondido. A veces más de lo que esperaba, y ha sido muy gratificante para todos.

Hasta ahora he hablado de docencia, pero la universidad no solo transmite conocimientos, también descubre, relaciona, investiga. Un componente importante de la actividad de todo docente, inscrito en la idea humbotliana de universidad, es que la docencia y la investigación son inseparables. Aunque este es mi punto de vista, el debate sobre la relación entre docencia e investigación sigue vivo. Fuensanta Hernández enmarca muy bien la situación para afirmar que «uno de los principios básicos sostenidos por gran un número de profesores universitarios es que entre docencia e investigación existe una estrecha relación. Tener un interés activo en la investigación es clave para ser un buen profesor universitario. Investigar, descubrir, conocer más el propio ámbito de conocimiento no puede dejarse a un lado si se toma la universidad como profesión. El punto de vista expuesto, y compartido desde hace años con los miembros del Instituto de Desarrollo Profesional (IDP/ICE) de la UB, nos ha llevado a desarrollar un programa financiado de investigación en docencia. Así pretendemos ayudar a desarrollar una faceta de la investigación en los docentes sobre la propia docencia y las variables en que se desarrolla. No queremos dejar de preguntarnos el porqué de los cambios que se producen en la sociedad y afectan a la universidad, y cómo incorporarlos a nuestras formaciones.

Pero para ser honestos, hay que remarcar que este planteamiento de la docencia necesita horas, trabajo y cabeza. Es convertirlo en mi profesión, que no es de transmisor de conocimientos, sino de profesor universitario. Ser docente es una profesión.

Contexto y condicionantes de la docencia

La tarea del docente se produce en un contexto. Es importante tenerlo en cuenta y actuar para que ayude en el proceso de aprendizaje. Lo que antes era adecuado, ahora puede necesitar una adaptación. Los profesores no siempre adecuamos acertadamente cada contexto, y vale la pena cuestionar esta realidad. Cada universidad tiene una «cultura propia» que la distingue. Su manera de participar en la vida académica es distinta, los ritmos de trabajo también. De igual modo sucede en cada facultad, que matiza este contexto e incluso caben matizaciones según el grado que se cursa. No será lo mismo dar una asignatura de contenido similar en la Facultad de Económicas que en la de Derecho o en la de Física, por poner un ejemplo.

Hace unos años tuvimos que crear un grupo adicional para alumnos que habían accedido a la Facultad de Economía y Empresa. Debíamos incorporar a unos 80 estudiantes y no podíamos sobrecargar los otros grupos ya existentes. No encontramos otra solución que pedir un favor a un conjunto de profesores para que asumieran esa carga extraordinaria de modo altruista y durante un curso. Evidentemente, la petición se dirigió a docentes que entendían la generosidad de este encargo extra, puesto que tenían que acceder a dar más clases. Planificamos un programa un poco especial, pues tenían que recuperar un tiempo, y convocamos algunas reuniones de coordinación con todo el profesorado. Realizamos una coordinación mensual, porque era necesaria, dos veces. El resultado, y lo recuerdan algunos de esos alumnos ya licenciados, fue el mejor curso que han tenido en la universidad. Recuerdan el grupo como algo especial. «Esperábamos cada clase con ganas», comentaban, quizá con un poco de exageración, pero ojalá esa sensación fuera más común en nuestra universidad. El contexto de aprendizaje también lo creamos el conjunto de profesores y profesoras que interactuamos con los alumnos. Aunque nos veamos poco entre nosotros, ellos nos ven pasar uno tras otro a lo largo de la semana. Si bien tenemos la sensación de que cada docente es una persona singular que trabaja con el alumnado, este hecho no puede ser desligado del hecho de que los otros docentes también están formando a esos estudiantes.

Para aprender cualquier profesión, pero más cuando se trata de formar a personas, es clave tener un buen referente. Hay algunas universidades donde la docencia es entendida como una fortaleza que hay que cuidar, la relación entre profesorado *junior* y *senior* es algo a lo que se le presta especial atención y se establecen canales para que se produzca ese enriquecimiento. Desde hace años necesitamos un recambio generacional que tome el relevo en la universidad. Ya está llegando el momento de este relevo, impuesto por las jubilaciones. Pero antes de que el relevo sea impuesto es muy interesante que los jóvenes docentes puedan intercambiar experiencias y comenzar donde han llegado los «buenos maestros y maestras». En la universidad española –y la catalana no es una excepción–, los criterios para la promoción son fundamentalmente –por no decir, exclusivamente– de investigación. Ya he hablado antes del papel primordial de la investigación y de su relación con la docencia, pero ser un buen investigador o investigadora no supone que se sea un buen docente, ni que, pudiéndolo ser, se tenga interés en dedicar los esfuerzos a la docencia. Aquí reside una de las preocupaciones que nos corresponde solventar como gestores universitarios: procurar el relevo y enseñar «el oficio docente», que también transmita el legado cultural de cada universidad. No en vano el profesorado recibimos el nombre genérico de «personal docente e investigador». Ambas actividades van unidas.

El reto de ser universitario

Hemos señalado que el contexto marca una forma de enseñar y una manera de aprender. El contexto en el que se han formado los alumnos en la Educación Primaria y Secundaria hasta acceder a la universidad también debe ser tenido en cuenta. Los estudiantes de hoy son distintos de los de ayer. Los *millennials* son distintos de los *boomers*, o de la generación Z... Eso ha pasado a lo largo de la historia, pero ahora les ponemos nombres y los categorizamos. Tampoco nosotros hemos sido iguales a nuestros padres, ni tampoco ellos a nuestros

abuelos. En todo caso, esos son los estudiantes a los que debemos ayudar en su proceso educativo.

El reto del docente es siempre un reto actual, y lo debemos afrontar con las personas que hoy están en las aulas para formarse. El perfil de los estudiantes cambia con los tiempos, y la manera en que desarrollan sus capacidades también. Hace tres años publicamos un artículo acerca de las motivaciones y el liderazgo de los docentes en Europa que titulamos: *El liderazgo educativo en Europa: una aproximación transcultural*. Se constatan las diversas Europas que es posible identificar dentro de la misma Europa y afirmamos que «el liderazgo educativo en sí puede llegar a ser transformador». Si bien el trabajo analiza centros educativos de Secundaria, cabría extrapolar algunas de las conclusiones apuntadas en el liderazgo de los centros de Educación Superior. ¿Qué caracteriza al estudiante universitario hoy?

Hoy en día todo el mundo tiene acceso inmediato a mucha información. Esta es una característica que hay que considerar a la hora de plantear la docencia, porque el conocimiento ya no está en la biblioteca, sino en el *smartphone*. Además, se tiene acceso, tal vez, a demasiada información. Mucha información puede confundir, sobre todo cuando no se tiene un criterio claro de lo que es de utilidad y lo que no lo es. Muestra de ello es el consejo que dan los médicos para que no se busquen las enfermedades o síntomas en internet, pues puede provocar verdaderos traumas al no saber poner en contexto las diversas informaciones encontradas. Como docentes podemos ayudar a seleccionar y a dar criterio, al igual que nos enseñaron a saber descubrir libros y artículos, entonces en papel.

Otra característica distintiva es la mayor emotividad y el dominio del sentimiento. Son personas más emocionales, y debemos contar con ello, a la vez que la educación universitaria contribuye al proceso de maduración que conlleva la educación de las emociones y de la voluntad. Aprender a gestionar las emociones es un reto actual. Además, están acostumbrados a cambiar, cuando algo les parece que no interesa, con un «clic», para continuar buscando. Todo eso condiciona nuestra docencia. Otra característica que cabe considerar, sin entrar en más detalles que enunciarla, es la medicalización de los problemas

de los estudiantes. También me gustaría destacar la importancia de la lectura en el proceso de aprendizaje y de reflexión en una sociedad dominada por la imagen y por el acceso rápido y fácil a la información. En la obra *The shallows: How the internet is changing the way we think*, de Nicholas Carr (publicado en español por Taurus), el autor realiza un análisis muy interesante y de estilo periodístico de algunas de estas características.

Finalmente, otro aspecto –a mi juicio– que marca a los estudiantes cuando acceden a la universidad es la necesidad de aprender la gestión del tiempo. La libertad de actuación que tienen en Educación Superior no la han vivido anteriormente. Para muchos no es una tarea sencilla administrar esa libertad. Durante un tiempo están confundidos, sin saber priorizar, mientras aprenden –o no– a usar correctamente la capacidad de decidir qué conviene hacer ahora, qué conviene aplazar a otro momento, o que sería mejor dejar de hacer. Esa libertad que descubren al dejar los institutos o colegios enlaza con lo que señala Frank Furedi, profesor emérito de Kent University, en su libro *Whats happened to the University*, como la otra cara de esta moneda: la libertad de decisión choca con la regulación que ofrecemos a los estudiantes universitarios mediante normativas y procedimientos que les indican lo que es correcto pensar o no. Lo correcto, o incorrecto, en cuanto a la aportación cultural de la universidad o la sociedad. Me gustaría aprovechar este contraste para apuntar una reflexión acerca de la responsabilidad en la formación que tiene cada persona. Debe ser capaz de elegir conscientemente, y los docentes debemos plantear el marco «universitario» y verdadero en el que realizar esa elección. El lema de la Universidad de Barcelona es *Libertas perfundet omnia luce*; el de Cambridge, *Hinc lucem et pocula sacra*; para Harvard es el *veritas*. El reto de cada alumno está en escribir la propia vida, distinta de la de los demás, con una aportación significativa y buscando participar en la definición del futuro. En este proceso, un buen docente tiene algo que aportar y mucho que orientar.

La calidad docente: una actitud

Es propio de cualquier actividad profesional dedicar tiempo y reflexionar sobre lo que está pasando en el contexto de su profesión. Toda mejora tiene un punto común: el conocimiento, lo que depende de nosotros, de cómo trabajamos y del empeño por mejorar. Pero también de lo ajeno a nuestros esfuerzos, del mercado, de los nuevos adelantos e investigaciones, de otras maneras de hacer... En nuestra profesión, como docentes, debemos hacer lo mismo. No podemos ni dejar de reflexionar ni de investigar sobre docencia, sea cual sea nuestro ámbito de conocimiento científico. En la universidad siempre habrá alguien dispuesto a ayudar; los educadores lo llevamos dentro. Siempre podremos «copiar» técnicas que mejoren lo que hacemos. Posiblemente tengamos acceso a grupos de innovación con quienes podamos hacer más adecuada la docencia. El primer paso para mejorar es querer mejorar y estar cerca de quien pueda ayudar.

Llega el momento de concluir esta breve introducción al *Manual de docencia universitaria*. He tratado diversos temas, que la lectura de los capítulos me ha sugerido. Algunos temas más desarrollados, otros solo enunciados, y he tenido que renunciar a otros puntos para que el razonamiento no sea demasiado disperso. La idea central que me gustaría haber sabido transmitir en estas páginas es que la docencia es una de las mejores profesiones a las que alguien puede acceder. Como en todas las actividades profesionales, para hacer las cosas bien no basta con saber, hay que querer hacerlas mejor cada día. Como dice Víctor Küppers, hay que tener actitud. Actitud para progresar y para mejorar. Actitud para aprender. Actitud para saber escuchar. Actitud para reflexionar y hacer pensar. Actitud para dialogar. Actitud, por último, para enseñar.

La intención de este escrito es fomentar la actitud de convertir las clases en parte de una obra maestra. Ser un «maestro» que contribuye a enriquecer a las personas con quienes coincide a lo largo de su carrera profesional para que el mundo sea un lugar mejor.

Referencias

- Brew, A. y Boud, D. (1995). Teaching and research: establishing the vital link with learning. *Higher Education*, 29, 261-273.
- Carr, N. (2011). ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes? *Superficiales*. Madrid: Taurus.
- Furedi, F. (2018). *Que le está pasando a la universidad. Un análisis de su infantilización*. Madrid: Narcea.
- Hernández Pina, F. (2002). Docencia e investigación en Educación Superior. *Revista de Investigación Educativa*, 20 (2), 271-301.
- Llano, A. (2003). Responsabilidad y humanismo en la empresa actual. *Mercurio Peruano*, 523, 35-52. <<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3691160.pdf>>
- Sans-Martín, A., Guàrdia-Olmos, J. y Triadó, X. M. (2016). Educational leadership in Europe: a transcultural approach. *Revista de Educación*, 371, 83-106.
- Triadó, X. M., Aparicio-Chueca, A., Elasri-Ejjaberi, A., Maestro-Yarza, I., Bernardo, M. y Presas, P. (2018). A factorial structure of university absenteeism in Higher Education: a student perspective. *Innovations in Education and Teaching International*, 57 (2), 136-147.